

Tomás Costa: una vida a la sombra de su hermano

VENANCIO DÍAZ CASTÁN¹

Tomás Costa era veintidós años más joven que su hermano **Joaquín** y desde muy pequeño fue testigo de su **progreso social e intelectual**. Ello le sirvió de acicate para rechazar la vida de labrador o guarnicionero que su familia le ofrecía. Salir de Graus era su obsesión. Para lograr sus pretensiones de **ascenso social**, desarrolló una tenacidad y una práctica de la vida poco frecuentes. Sirviéndose del prestigio y de los contactos de Joaquín, logró un matrimonio afortunado económicamente y un sinnúmero de medallas y distinciones que lo convirtieron en “excelentísimo señor”. Pero perdió el afecto de su esposa y el de su hermano.

Tomás Costa was twenty-two years younger than his brother **Joaquín** and from a very young age he witnessed his **social and intellectual progress**. This served as an incentive to reject the life of a farmer or saddler that his family offered him. He was obsessed with leaving Graus. In order to achieve his claims of **social advancement**, he developed a unique tenacity and way of leading his life. Using Joaquín's prestige and contacts, he achieved a wealthy marriage and countless medals and honours, for which he was titled “his excellency”. But he lost the affection of his wife and his brother.

Tomás, el hermano pequeño de Joaquín Costa, que tiene su protagonismo en esta historia, nació en Graus el 22 de diciembre de 1868. Era, por tanto, veintidós años menor que su hermano y fue a ingresar en aquella familia en la Navidad, cuando más necesitados estaban. Joaquín, que para entonces volvía de la Exposición Internacional de París, no menciona este hecho en ninguna de sus miles de páginas. En la casa, en la que apenas cabían juntos, estaban los padres, Joaquín y María; las hermanas, Vicenta y Martina; el pequeño Juan, de dos años, que moriría de viruela en 1872, y la abuela, Martina Gil, siempre enferma. Son de imaginar las estrecheces de la familia en aquel hogar tan sumamente pequeño del número 17 de la calle Benasque. Los padres, siempre endeudados con el propietario Pajazas, tanto por los alquileres como por los alimentos, el calzado y el vestido que les fiaba, dieron muestras de un valor poco común y de gran resignación al aceptar que su hijo mayor, en vez de ayudar al padre en el campo, se fuera a estudiar a Huesca en 1863.

1 Médico perteneciente a la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas (Asemeya). vdiacastan@hotmail.com



Tomás Costa Martínez. (AHPHu)

No tenemos noticia ni documento alguno de Tomás, a quien llamaban *Tomaset*, hasta mayo de 1877, en que con nueve años escribe con letra infantil a su hermano, que es abogado y vive en Madrid y a quien tiene como un ídolo:

Querido hermano. Tomo la pluma para noticiarte cómo hace un mes que voy al repaso del cantarero. Ya me aplico. Pagamos 12 reales al mes. No puedo ir a la escuela de don Julián. Voy por la mañana. Y por la tarde sabrás que hago cuentas de restar y escribir en papel de raya. Siempre tuyo. Tomás Costa.²

De modo que, si el primero se quejaba de la escasez de medios, el segundo aún disponía de menos. No deja de ser notable que, con menos capacidades que su hermano mayor, Tomás tuviese un espíritu de superación tan tenaz como demostró. A los once años lo mandaron con sus tíos de Barbastro, Ambrosio Martínez y María Suárez, donde pasó tres años aprendiendo el oficio de guarnicionero. Refiere en una carta a su hermano que en ese tiempo tuvo problemas de salud, concretamente una pulmonía grave, una infección en un pie y, posteriormente, en diciembre de 1881, una tumoración en el dedo meñique de la mano izquierda por cuyo motivo

2 Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPHu), COSTA/000030/052-03(2903), carta de Tomás Costa a Joaquín Costa, Graus, 14 de mayo de 1877. Desconocemos la identidad del cantarero al que hace referencia Tomás. Este y todos los demás documentos citados de este archivo pueden consultarse en <<https://dara.aragon.es>>.

habrían de amputárselo.³ Hasta los dieciocho años estuvo trabajando con un guarnicionero de los tres que había en Graus. A esa edad le correspondió hacer el servicio militar, que iba a durar tres largos años, tiempo en el que tampoco sería posible que prestase ayuda a sus padres. La mayor parte del periodo estuvo como ordenanza del teniente coronel Azara, del Regimiento de Cazadores Castillejos n.º 18 de caballería de Zaragoza. El trabajo en los servicios domésticos de la familia del oficial, a quien se le consideraba como *el amo*, le permitía ir mejorando en lo posible sus estudios de gramática, aritmética y ortografía.

Durante toda su juventud su obsesión fue seguir los pasos de su hermano para abandonar el panorama rústico y lleno de escaseces de Graus, y para ello hizo denodados esfuerzos estudiando en Zaragoza mientras cumplía con el servicio militar. Estaba esperanzado con el futuro de Joaquín, ya que confiaba en que lo ayudaría en Madrid y podría él trabajar a su lado, de escribiente o de lo que fuera preciso. Lo horrorizaba verse obligado a volver a Graus. En ese sentido, cuando Joaquín era notario en Jaén le escribía numerosas cartas ofreciéndole escuetas ayudas económicas a cambio de la ayuda que esperaba recibir en cuanto se situase mejor.

Pero las cosas no iban como él imaginaba. La notaría de Jaén daba poco trabajo y poco dinero. Por otra parte, la salud de Joaquín se resentía y pensaba en solicitar la vacante de la notaría de Graus que se crearía tras el retiro de Francisco Cincunegui, con la intención de poder estar atendido por su familia. Desde 1891 hasta 1893 permanecerá en Graus pleiteando por la notaría, que al fin no conseguirá, y solicitando sucesivas prórrogas por motivos de salud. Ya que no podía ejercer de notario, al menos llevaría pleitos de los vecinos como abogado. Instaló su despacho en la calle del Porvenir, en la casa de su hermana Martina, probablemente por la insuficiencia de la casita de la plaza de Coreche en la que vivían sus padres desde hacía más de quince años. Tomás, mientras, se resignaba a ocuparse en trabajos esporádicos en casa de Heredia de Graus, en Tamarite de Litera, etcétera, hasta ver en lo que quedaba el destino de su hermano. En aquel periodo de Graus, en el que ejerció como abogado e inició sus primeras campañas políticas con su presentación junto a otros candidatos a las elecciones municipales (que no llegaron a celebrarse) y con la fundación de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, Tomás desapareció aparentemente de la vida de su hermano hasta que encontró el modo de marchar a Madrid.

La prórroga de permiso por enfermedad se terminó y a primeros de 1894 Joaquín tuvo que reincorporarse a la notaría de Jaén, donde estaría pocos meses, pues ya tenía puestas las miras en la capital, para lo que en esta ocasión no tendría inconveniente en solicitar los apoyos que fueran necesarios. Además, el descubrimiento de irregularidades en la práctica notarial de los compañeros de allí, a él, que era de una transparencia total, le hizo el clima de Jaén irrespirable. Tomás acompañó a su hermano en el viaje, pero se quedó en Madrid, donde buscó una academia que lo preparase para oposiciones en el cuerpo de la Administración militar, ocupación que se vio obligado a abandonar por modificaciones de la normativa. Luego comenzó a prepararse para topógrafo. Para su viaje, su estancia y los gastos de estudios contaba con el dinero que le mandaba su hermano desde Jaén. También se beneficiaba de la ayuda de otro oriundo de Graus

3 AHPHu, COSTA/000005/010-2B(0234), carta de Tomás Costa a Joaquín Costa, Graus, 17 de diciembre de 1881.

que vivía en la capital: se trataba del comandante retirado Laureano Ducay, que ejercía un cargo administrativo en el Ministerio de la Guerra y mantenía estrecha amistad con mosén José Salamero, tío de los Costa. A partir de entonces, Tomás y Ducay se convertirán en el equipo de apoyo de la futura notaría. El primero se encargó de buscar un domicilio con despacho para su hermano y de los aspectos domésticos en general, mientras Ducay actuaría como amanuense, del mismo modo que lo había hecho con mosén José Salamero, de letra infame e ilegible como la de Costa. Había mandado también Tomás una instancia para ingresar en Ferrocarriles, de acuerdo con las instrucciones de su hermano, y recibía clases particulares de un profesor que vivía en Malasaña, pero no abandonaba en ningún momento la idea de quedarse con Joaquín, que se posesionaría de la notaría a primeros de agosto.

En el caluroso verano de Madrid, mosén José Salamero pasaba largas temporadas en la fonda de El Espinar, donde solía acompañarlo Laureano Ducay. Aquel verano no fue una excepción. Allí fue informado de que su sobrino Joaquín había sido situado en primer lugar en la terna que iba a optar a la notaría de Madrid y allí fue donde Ducay se ofreció desinteresadamente para correr con todos los gastos del nuevo domicilio, que a solicitud del propio Joaquín iba a encontrarse en el número 5 de la céntrica y transitada calle Barquillo, en vez de en la casa de huéspedes de la calle Zaragoza que le había gestionado Tomás.

En Graus Tomás había dicho que iba a estudiar a Madrid para ayudar a su hermano y a preparar oposiciones, y su padre, anciano de ochenta y seis años, que había tenido que renunciar de nuevo a la ayuda de un hijo por causa de los estudios y no conocía a ciencia cierta sus derroteros, le escribía en 1896:

Tantas cartas que me has escrito y en ninguna me dices cuál es la carrera que sigues y qué es lo que te falta por estudiar. Aún pienso morir sin saberlo [...].⁴

Tomás fue a Madrid para ver si al lado de su hermano le era posible progresar. Y Joaquín no lo rechazó, antes al contrario lo mantuvo como íntimo colaborador junto a Laureano Ducay. Ambos le prestaban habitualmente multitud de servicios. Atendían sus publicaciones en el *Boletín de la ILE*, en *La Controversia* o en la prensa general, así como la presentación de escritos relacionados con el pleito de La Solana, etcétera. Inicialmente se encargaban de llevar los originales y de ir a buscar las correcciones de imprenta para luego remitirlas a Jaén. Existe una nutrida relación epistolar entre ambos hermanos en aquellos años de 1893 y 1894 en la que Joaquín se manifiesta afectuoso con Tomás, ejerciendo como corrector (“Tomás, ayer se escribe sin hache...”) y como orientador de los estudios de un hermano menor que se había hecho ilusiones de ser también notario o ingeniero o arquitecto sin haber estudiado siquiera el bachillerato.⁵ Al mismo tiempo, es digna de observar la gran confianza que muestra tener en él, a pesar de la diferencia de edad entre ambos y su desigual nivel intelectual, confiándole en comentarios todo tipo de asuntos relacionados con el ejercicio de su trabajo y sus relaciones con los de Graus. Insistimos en ello

4 AHPHu, COSTA/000037/002-58(3983), carta de Joaquín Costa Larrégola a Tomás Costa, Graus, 10 de enero de 1896.

5 AHPHu, COSTA/000057/01-12(4876), carta de Joaquín Costa a Tomás Costa, Jaén, 17 de noviembre de 1893.

porque lo que ha quedado para la posteridad en las biografías oficiales es el enfrentamiento y el rechazo de Joaquín hacia su hermano, lo que según veremos no se produjo hasta 1900.

Instalados Joaquín y Tomás en el número 5 de la calle Barquillo en régimen de alquiler, trae el primero consigo desde Jaén el encargo de su tío Salamero de resolver en favor de unos amigos clérigos el enrevesado pleito de La Solana, que había aceptado tras vacilaciones. El dinero que podía obtener de él suponía la seguridad para aquella madre y aquella hija cuya existencia mantenía en riguroso secreto. A este respecto, vemos que confía ya a Tomás la redacción de la primera copia de la demanda, con fecha 8 de mayo de 1894. El escrito aparece con las consabidas tachaduras y añadidos de Joaquín. A partir de entonces serían muchos los documentos de los que se encargaría Tomás, además del resto de los menesteres domésticos de la notaría. Previamente se había responsabilizado en ausencia de Joaquín de recopilar todos los documentos relativos a instancias y solicitudes que le enviaba desde Jaén y Manzanares, así como de presentarlos dentro de plazo. Se puede afirmar que en este quehacer su papel fue providencial.

Rápidamente se fue dando cuenta, gracias al prestigio de su hermano, del inmenso poder que podía adquirirse con la cultura y la erudición sobre las personas poco ilustradas si se sabían utilizar con habilidad. A tal efecto hizo acopio de abundante bibliografía de temas aragoneses, y especialmente ribagorzanos, y en breve, en 1893, escribía a sus antiguos vecinos largas peroratas de contenido histórico en las que establecía similitudes políticas entre los tiempos antiguos y los suyos. Se creó, pues, un prestigio de hombre cultivado a la sombra de su hermano y, adquiriendo modales repulidos, se granjeó una respetabilidad en un tiempo asombrosamente corto. Joaquín, siempre agobiado por sus múltiples trabajos intelectuales y por el famoso pleito, delegaba en él la contestación a numerosas cartas que recibía desde Graus por asuntos menores relacionados con la política municipal. Sabedores de que estaba siempre muy ocupado y no podía hacerse cargo de otros problemas, además de su ya conocido mal carácter, muchos habitantes de Graus y su comarca escribían a Tomás solicitando recomendaciones y favores para que sirviese de intermediario. Como es de suponer, fue así como conocería poco a poco a personas importantes de la corte y crecería su poder y su influencia.

Con paciencia franciscana se hacía con papeles, papelitos, recibos y todo aquello que pudiera tener una mínima importancia documental y lo iba almacenando sin tirar nada, por insignificante que fuera. Solo así se explica el impresionante volumen de documentos que contiene el actual Fondo Joaquín Costa del Archivo Histórico Provincial de Huesca.

Así pues, la vida cotidiana discurría tranquila pero ruidosa en la calle Barquillo. Joaquín debía ausentarse con frecuencia de la notaría por causa de sus frecuentes viajes a Manzanares, mientras que Tomás y Ducay recibían a los clientes, tomaban buena nota de sus solicitudes, preparaban las escrituras y les daban cita para la firma del notario cuando estuviese de vuelta. Resolvían el asunto de las comidas yendo a un restaurante en el que estaban abonados por quince o veinte días o lo que fuese menester. Mal podía funcionar el negocio con tantas ausencias del notario, pero eran muchos los miles de duros que podía dejar un solo asunto: el pleito de La Solana.

No obstante, iban entrando clientes, que nunca faltaban en una notaría situada en lugar tan céntrico y comercial. Uno de aquellos fue una acaudalada señora de Escalonilla, en Toledo, que,

habiendo enviudado de tres maridos, había cosechado una considerable fortuna en propiedades agropecuarias e inmobiliarias en las que necesitaba poner orden a efectos de impuestos. Se trataba de Carmen Gómez de Alía, quien iba acompañada de su hija, Luisa Sánchez de la Cueva y Gómez de Alía. No sería justo suponer que al aplicado escribiente lo acuciase únicamente el sonido del oro y que fuese falso su repentino e intenso enamoramiento, pero no cabe duda de que las prendas que adornaban a Luisa supusieron un atractivo irresistible para quien tenía el poder y el dinero como centro de sus objetivos.

En abril de 1900 solicitó en carta a la madre la formalización de relaciones, que fue aceptada en espera de la aprobación del hermano mayor, representante familiar del novio. Este no puso reparo alguno, antes al contrario se manifestó favorable a la relación e incluso manifestó deseos de actuar como padrino en la boda,⁶ para lo cual habían de esperar a su vuelta de la Exposición Universal de París de 1900, que tenía previsto visitar. Sin embargo, el viaje duró algo más de lo previsto y las circunstancias apremiaron a Tomás aconsejándole celebrar la boda lo antes posible dado que el asunto estaba entonces caliente y no era bueno correr el riesgo de que se malograra. Preciso de representación familiar, rogó insistentemente a su tío mosén Lucas Martínez, para entonces cura en la aldehuela de San Clemente del Mon de Perarrúa, que aceptase ser el padrino de los esponsales. Mosén Lucas, anciano ya, con problemas de salud, acabó aceptando realizar tan largo viaje hasta Madrid, se hospedó en la notaría y al día siguiente, el 21 de agosto de aquel año, se casaron los novios. No lo acompañó en el viaje su sobrina Carmen, como hubiera sido su deseo, porque, en palabras de Tomás, “hubiera hecho el ridículo al lado de las señoras elegantes y enjoyadas que iban a asistir”.

Era verano. Tomás aceptaba desde el mismo día de la boda un régimen de capitulaciones matrimoniales en el que él no aportaba nada, salvo promesas, y su prometida una verdadera fortuna. Asumía que viviría con su mujer, con su inseparable madre, doña Carmen, y con Ramón, un hijo del matrimonio de esta con Acisclo Fernández, que estaba discapacitado. En un principio se instalaron en la casa familiar de Escalonilla, pueblo de Toledo donde radicaban la mayor parte de las propiedades, pero mantuvieron el domicilio de Madrid de la calle Fernando VI. Posteriormente fueron pasando temporadas más o menos largas en los pueblos en los que tenían propiedades y casas con el correspondiente servicio (Escalonilla, Cambrillos y Los Navalmorales). Doña Carmen era toda una institución, respetada por pueblo y autoridades de Escalonilla, donde realizaba obras de caridad y hacía cuantiosos donativos a la iglesia. Así pues, Tomás, a quien los trabajadores se referían como *el señorito* cuando le rendían cuentas de las faenas realizadas, pasó sucesivamente de guarnicionero a escribiente de notaría y luego a rico hacendado, posición que junto a los conocimientos adquiridos le permitiría escalar socialmente hasta codearse con ministros, directores generales y jefes de partido.

A la vuelta de París, Joaquín se encontró con los hechos consumados. Se dice que esta fue la causa de la ruptura entre ambos hermanos pero existen otras opiniones, como la de Vicente Castán, que hablaba por confidencias de Laureano Ducay y que se expone a continuación:

6 Manuel Ciges Aparicio, *Joaquín Costa: el gran fracaso*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930.

[...] a la sombra de Joaquín, su pequeño hermano, que nunca albergó ni la millonésima parte de su cerebro pero sí era más práctico en asuntos financieros, aprovechó la ola de fama y popularidad que había alcanzado, y estando próximo a sentar plaza para Cuba desistió aconsejado por un amigo. La suerte le fue favorable al cambiar el ejercicio de las armas por la cruz del matrimonio. Consultó con su hermano y este no solo aprobó el cambio sino que fue quien se encargó de pedir la mano de doña Luisa Sánchez a su madre doña Carmen Alfá. Aceptó y se convino la boda. La fecha de la celebración fue el pretexto para que rompiesen relaciones ambos hermanos, ruptura que, como se sabe, fue más allá de la tumba.

La anciana señora, madre de doña Luisa, en su afán de tener colocada a su hija, y ante el temor de tener una recaída de su grave y pasada enfermedad, quiso adelantar la boda en lo posible, pero don Joaquín se opuso a que se efectuara hasta su regreso de la exposición de París que deseaba visitar. Tirantes una y otra, y no queriendo transigir, solo quedaban a Tomás dos caminos: quedarse a vivir con su hermano con la perspectiva de ser un pobretón toda la vida, o aceptar la proposición de su futura suegra y asegurarse un porvenir sin escaseces. No titubeó. Poderoso caballero es don dinero, se dijo, y se fue en derecha a la vicaría. Pero no contó con que en ocasiones los dulces tienen en su interior semillas de amargura. ¿Era este motivo suficiente para la ruptura? Creo que no, y aunque así fuera, en las familias deben olvidarse y perdonarse las faltas. La causa fue en mi concepto de origen más profunda. Joaquín era desconfiado, y esta desconfianza nacía de tener que ocultar algo que no quería que se supiese. Él, que veía a través de los cuerpos más opacos, pudo constatar que su hermano seguía la pista de su secreto, y en su fantasía adivinó cómo colocaba los sobres de las cartas a él dirigidas sobre la boca de un puchero con agua hirviendo para abrirlos con impunidad merced al vapor. Y si vio esto, ¿qué de raro tiene que se le escapase alguna frase relacionada con el contenido en alguna ocasión y que esto le delatase? Joaquín conocía el ejercicio del notario consistente en dar fe de cuanto veía, pero le asaltaba la duda de si eran seis naranjas, seis medias o al parecer seis medias naranjas lo que había en el agua de un lago, que, de haber tenido la certeza, hubiera descargado entonces toda la ira sobre su hermano.

Murió Joaquín y con él se fue a la tumba el secreto del rompimiento sin haberse reconciliado. La prueba de su rencor es una cláusula del testamento en la que se refiere a sus hermanas y a Tomás, *hermano de estas*, no reconociéndolo como tal.

Volviendo al relato sobre Tomás, diremos que se casó y de tal manera supo conquistar el cariño de su suegra que, en una ocasión en la que a esta señora le hicieron entrega de ochenta mil pesetas, le mandó que las contara. Están bien, le dijo. Pues ahora te digo yo que, como no sé qué hacer con ellas, te las regalo. Y una segunda entrega de treinta mil siguió el mismo camino.

La codicia hizo que pagase con desdenes los beneficios recibidos. Se infló de vanidad y creyó que el donativo era gracias a sus méritos sin acordarse de que las madres idolatran a las hijas, especialmente si son únicas y cariñosas, y que para obsequiarla lo hacía con el yerno. Tomás se creyó con fuerzas suficientes para engreírse, y para asegurarse más, pasados unos días, sacó a colación la conveniencia de comprar un hotelito de los que estaban cerca de la plaza de toros. La suegra no se mostró partidaria por no querer cambiar de domicilio. Y no se habló más. Al poco tiempo trabajaban muchos operarios en la terminación de dos hotelitos que están juntos, comprados con el dinero de la madre —ignorante del hecho— y puestos a nombre de Tomás. Cuando esta se dio cuenta del proceder del yerno cambió el testamento en el que le nombraba administrador de un hijo disminuido psíquicamente, haciendo el nombramiento a favor de su hija. A partir de entonces las cosas comenzaron a ir mal para el matrimonio.⁷

De modo que aquel año de 1900, en el que Costa ejercía el cargo de secretario de Unión Nacional, fue el último en que los dos hermanos permanecieron juntos. En verano se fue Joaquín a Graus, pero el panorama en la notaría se hacía sombrío, pues con Ducay tampoco habían

7 *Memorias* de Vicente Castán Gil. Archivo de la familia Castán.

ido bien las cosas por culpa de un desencuentro y un malentendido. Por fortuna estaba en Madrid Fermín Mur trabajando como comerciante en una prestigiosa casa de modas de la calle Mayor,⁸ quien no tuvo inconveniente en actuar como secretario de Costa, como así lo había hecho anteriormente con José Salamero, fallecido hacía poco. También pudo contar con su sobrino Conrado Martínez, hermano del médico Andrés Martínez Vargas. Conrado se trasladó a Barquillo, n.º 5, con su esposa, Teresa, y dos hijos pequeños. La enfermedad de Costa había progresado y tenía especiales dificultades para levantarse, vestirse, arreglarse, etcétera. Comquiera que Conrado seguía teniendo contacto con Tomás y Luisa, nos es útil una de sus cartas para hacernos una idea de la vida cotidiana en el domicilio en aquellos momentos:

Madrid 30 Septiembre de 1901

Queridos primos Luisa y Tomás. Cuando ayer acabamos de almorzar recibí vuestra carta, que me emocionó al ver vuestro cariño tan grande por vuestro hermano. Bajo esta impresión entré decidido en su cuarto para, después de un pequeño preámbulo, decirle: aquí está esta carta de sus hermanos, léala si quiere. Pero como ya estaba durmiendo su siesta no quise despertarle. Lo dejé para más tarde, y al entrar para ver si algo quería le encontré furioso, porque dice que no hace nada sino comer y dormir. Yo le dije que eso es lo que debía de hacer siempre, pues hora era de que descansase un poco. Con esta vida reglamentada que ahora hace, se da vergüenza él mismo, pero le sienta bien. Con nosotros está muy cariñoso y sale al comedor en mangas de camisa a conversar con Teresa y los niños. Al chiquitín le quiere mucho. Hace que le tire de la barba y hasta que juegue con sus papeles. Tú, que le conoces, te llamará la atención. Yo le cuido mucho. Temprano entro en su cuarto, abro el balcón para que entre el aire, le doy agua fresca, le saco el orinal, le doy higos, uvas y *cosetas* así. Después se levanta, le pongo agua fresca para que se lave y luego le hago unas *sopetas* de ajo con huevos, y después fruta. A las comidas lo mismo, y le doy borrajas, que le gustan mucho, y cosas así. Hablamos mucho en el lenguaje de Aragón, y nos reímos cuando nos salen frases como que *está nublo, el toro furo...* Anoche hasta cantó una copla mientras cenaba a las 12. Estaba tan contento que habló de Ducay y dijo: a ese sí le ha salido la mujer *fura*. Come y duerme muy bien, y le ayudo a vestirse cuando Francisco no está...⁹

Conrado Martínez nos ofrece la imagen de un Costa con dependencia pero con su ya conocido perfil humano y cariñoso cuando se trataba de mujeres o niños.

En aquel momento la dedicación de Costa a la política era total en detrimento del ejercicio de la notaría, solo quedaba como asunto pendiente el pleito de La Solana. Además, no podía seguir manteniendo ni la notaría ni el estilo de vida. En agosto de 1901 estaba dispuesto a tirar los trastos e ir a pasar una larga temporada a Graus. En septiembre abandonaba el directorio de Unión Nacional.

Disgustado con el propietario de la casa por lo elevado del alquiler y tal vez progresivamente imposibilitado para subir aquellas escaleras, abandonó el gabinete de Barquillo, n.º 5, y se trasladó al paseo de Atocha, n.º 21. La plaza de notario que dejaba vacante fue ocupada por el notario escritor José Toral Sagristá en régimen de sustitución. Fracasada la Unión Nacional, Costa dedica el grueso de sus esfuerzos a Unión Republicana, partido por el que sería diputado

8 Sobrino de Pablo Escolar – Novedades de París, en la calle Mayor, n.º 1.

9 AHPHu, COSTA/000081/020-14(6470), carta de Conrado Martínez a Tomás Costa y Luisa Sánchez de la Cueva, Madrid, 30 de septiembre de 1901.

electo en 1903. Como es sabido, en 1904 se retiró a Graus por motivos de salud y quedó Tomás en Madrid pugnando por su ascenso. En ese mismo año fundaba este en Escalonilla la Sociedad de Socorros Mutuos para Pobres, seguramente impulsado por el espíritu sinceramente caritativo de su esposa Luisa.

A la muerte de su hermano, se le abrían a Tomás dos líneas más de actuación: el intento de recuperación de los honorarios del pleito de La Solana, asunto en el que fracasó, como es sabido, y la comercialización del trabajo intelectual de Joaquín creando la Biblioteca Costa, empresa para la que precisaba inicialmente de una fuerte inversión. Sin documento alguno que lo justificase, salvo el hecho de ser el único hermano varón, Tomás se hizo en Graus con la ingente obra de Joaquín en forma de libros terminados y otros por terminar que acabaría componiendo él. Cogiendo cuartillas de aquí y de allá, a lo largo de diversos años fue dando forma a una obra, la Biblioteca Costa, cuyos libros, en opinión de George J. G. Cheyne, no tuvieron tanto éxito editorial como hubiera correspondido al inmenso prestigio intelectual de su hermano. Sin embargo, a juzgar por el volumen de pedidos y entregas de empresas editoriales entre 1912 y 1920, es posible que el negocio de las obras de su hermano no le fuese tan mal como le dijo al profesor Cheyne el sobrino Juan Ortega Costa.¹⁰

Convertido Tomás en potente agricultor y ganadero, decía de sí mismo que se hallaba “enamorado de la economía política de la Nación y estudioso de los problemas de producción”. Merced a sus contactos con las cámaras agrícolas y en virtud del apellido de que era portador, se relacionaba con la aristocracia terrateniente y en breve accedió a los primeros cargos. Hizo providencial amistad con el abogado César Antonio de Arruche, marido de una amiga de su mujer, que con el tiempo acumularía medallas y méritos sin cuento además de llegar a subgobernador del Banco de España. Estaba este entonces en la Dirección General de Agricultura, dependiente del Ministerio de Fomento. Tomás, imbuido de la política hidráulica de su hermano y conocedor de sus resortes oratorios, comenzó a dar vibrantes discursos, como el que protagonizara en la Asamblea de Agricultores de Daimiel, en el que fue frenéticamente aclamado. De allí salió nombrado presidente de la Federación Agraria de Castilla – La Mancha y de allí vendrían la Jefatura de Fomento en Toledo y la imposición de la Gran Cruz del Mérito Agrícola, que lo convertiría en “ilustrísimo señor” en 1912. Pasando por encima del sentir de su hermano sobre la monarquía, en diciembre de aquel mismo año solicitó audiencia al rey Alfonso XIII, de quien decía sentirse *el más humilde de sus vasallos*.¹¹ Ya no se le ponía nada por delante. Aspirando a mayor poder político, al año siguiente pidió a Basilio Paraíso que le designase como diputado a Cortes por Barbastro para ocupar el puesto que dejaba vacante Antonio Aura Boronat.¹²

Se vestía en sastres de lujo y veraneaba en hoteles y balnearios: Puente Viesgo, Ontaneda, Mondariz, etcétera. Como es de imaginar, todas estas noticias llegaban a Graus, donde

10 AHPHu, COSTA/000086/023-14, carpeta 23.14, diversa documentación relacionada con la Biblioteca Costa.

11 AHPHu, COSTA/000013/024-03(1428), carta de Tomás Costa al mayordomo mayor del rey, 15 de diciembre de 1912.

12 AHPHu, COSTA/000013/024-03(1425), carta de Tomás Costa a Basilio Paraíso, 23 de marzo de 1913.

los progresos de Tomás iban adquiriendo proporciones de leyenda. Las cartas de recomendación que ya recibía desde que estaba en la notaría se multiplicaron. Marcelino Gambón, director de *El Ribagorzano*, le escribía con frecuencia solicitándole que intercediera en bien del periódico, otras por causa de la Liga Ribagorzana, otras por la actuación sobre la roca que estaba a punto de caer de la falda de la peña del Morral y otras para apresurar al Gobierno en la reconstrucción del destruido puente de Arriba en la riada de 1906, etcétera.

Contrastaba su evolución con la dolorosa situación de Joaquín viviendo en el domicilio de su hermana Martina, progresivamente más aislado, con el genio más imposible que nunca, en una casa llena de tramos de escaleras para colmo de los rigores de su atrofia muscular. Lejos de haber disminuido su popularidad, en toda España se le tenía por el sabio político del que podía depender la solución de todos los males. Pero el mal avanzó hasta su fallecimiento, en febrero de 1911. Sabido es que Tomás y Luisa se desplazaron a Graus en los últimos momentos del enfermo y que este solo quiso recibir a la esposa, por la que sentía especial afecto.¹³ A partir de aquel preciso momento, Tomás Costa comenzó a explotar el prestigio de su hermano accediendo a los ruegos de que fuese su cadáver trasladado a Madrid y, luego, inhumado en Zaragoza. De sobra sabía que su hermano había manifestado en varias ocasiones su deseo de ser enterrado en Graus, y más concretamente en Las Forcas, peñascal que se erguía frente a su estudio.

Fallecida doña Carmen, su suegra, también en 1911, y ya sin obstáculos para Tomás, el matrimonio abandona el domicilio de la calle Fernando VI y se traslada al año siguiente a los dos nuevos chalecitos de su propiedad construidos en la calle de las Naciones. Uno de ellos sería la vivienda y en el otro (el 4) radicaría la editorial de los libros de Costa. A partir de entonces se sucederían para él las presidencias en las veladas necrológicas y los discursos ante la tumba de su hermano coincidiendo con los aniversarios de su muerte, en los que desparramaba su verbo incontenible en expresiones como *tumba sagrada, gloriosas cenizas, legado patriótico*, etcétera.

El que era ya uno de los mayores propietarios de Toledo, basándose en la estructura de la obra de su hermano *Derecho consuetudinario en España*, escribe en 1912 su primer libro, *Formas típicas de guardería rural*, que es premiado con accésit por la Academia de Ciencias Morales y Políticas. En él manifiesta la importancia de la creación de un cuerpo especial de vigilancia de la propiedad privada en todo similar a la Guardia Civil, que en su opinión no puede responsabilizarse de tantas misiones como tiene encomendadas. Justamente lo opuesto al espíritu del *Colectivismo agrario en España*.

El 15 de mayo de 1920 el número 319 de *El Ribagorzano* le dedica un homenaje con ocasión de la imposición de la Medalla de Oro de la Previsión Social. El apóstol del Instituto Nacional de Previsión, fundado en 1908, José Maluquer y Salvador, desplazado a Graus, le hace un reconocimiento nacional por sus valiosas aportaciones con los Cotos Sociales de Previsión, mientras que su entrañable amigo Marcelino Gambón le dedica una serie de apartados con exaltados elogios ditirámicos. Previamente Tomás le había pasado los apuntes de todo cuanto convenía reseñar, y así se hace destacar como *hidráulico, agricultor, sociólogo, escritor*

13 Manuel Ciges Aparicio, *op. cit.*

y publicista, orador, pedagogo, regionalista y político. El artículo hace referencia a otras distinciones, diplomas y medallas que vinieron a enriquecer su ya cargado currículum.

Refiriéndose Tomás a su meteórico ascenso social, anota en unos apuntes manuscritos:

[...] se requiere tener una poquita de osadía y otro poquito de poca vergüenza. De ese modo se llega a veces a alcanzar nombre y sueldo, y aun llegar a cosas mayores [...].¹⁴

No se puede definir mejor.

Políticamente, siendo jovencito en Barbastro, había iniciado sus pasos en el partido republicano de Ruiz Zorrilla para después mostrar en 1920 sus simpatías por el partido reformista de Melquíades Álvarez, pero donde encontró su verdadero encaje ideológico fue en la Unión Patriótica del dictador Primo de Rivera. Viendo cristalizada en él la figura del *cirujano de hierro* preconizada por su hermano, le dedicó sonrojantes elogios cuando el general hizo una visita oficial a Huesca.

Su fiel y piadosa Luisa había fallecido en 1918, con lo que Tomás quedó solo en la administración de todas las propiedades. Tiempo atrás habían comenzado a sufrir un grave deterioro de su convivencia, detectado y lamentado por Martina, quien quería mucho a Luisa. Sin duda, Tomás había acertado a ser un hombre de negocios que supo manejar el capital adquirido por matrimonio y demostró capacidades para incrementarlo, pero en el logro de sus objetivos perdería el cariño de su esposa. Al final de su vida, casado en segundas nupcias con Genoveva Ferrero Cantón, a su vez viuda del comerciante Juan Pérez Martínez, consideró conveniente invertir parte de sus ganancias en establecimientos caritativos que llevaron el nombre de Fundación Tomás Costa. Es el caso del Comedor de la Infancia de Escalonilla, entidad que se encargaba de alimentar a los niños pobres de la localidad, vigente hasta 1956, y la residencia de ancianos de Los Navalmorales, que sigue funcionando en estos días. Pocos meses después de redactar el testamento en el que hacía estos legados, falleció Tomás en su cortijo de Mijas, donde se había retirado desde que lo compró en 1925. Su cadáver fue trasladado a Escalonilla para ser inhumado junto al de su suegra y el de su primera esposa. De acuerdo con el testamento, su finca La Ventilla de Mijas había de ser vendida con todas sus pertenencias para que el producto de la venta sirviese para dotar la fundación que llevaría su nombre. Así se hizo, y la cantidad ascendió a unos cuarenta y tres millones de pesetas.¹⁵

Esta es a grandes rasgos la peripecia vital de Tomás Costa, el guarnicionero. El hecho de que no haya salido bien parado en ocasiones en esta historia no quita para reconocer el asombro que produce su arrojo y su minuciosidad en el aprovechamiento de todos los factores favorecedores en su propio beneficio, así como su indudable mérito en la creación de instituciones de alto valor social.

14 AHPHu, COSTA/000006/011-14, carpeta 11.14; Costa/000057/011-14, carpeta 11.14.

15 Soledad Olmedo, "Residencia Fundación Tomás Costa", *Revista Forja*, 32 (diciembre de 2017), pp. 13-17.